

Año de 1809. Esta fué la primera sangre que se deramó en la guerra de la independencia de la Nueva-Granada, en un campaña del todo cómica. Se llamaba soldados á pobres indios que jamas habian visto guerra y que no sabian porque peleaban. Los gefes tenian la misma falta de conocimientos militares.

Esta noticia, que llegó á Quito en circunstancias bien críticas, terminó la efímera existencia de la junta. Don Juan José Guerrero, su presidente, capituló con el conde Ruiz de Castilla entregarle la presidencia bajo la condicion de que subsistiera la junta, prometiéndolo el gefe español bajo de su palabra de honor una absoluta garantía por

lo pasado, y que intercederia con el rey y con el virey, para que á ninguno de los que habian tenido parte en la revolucion se les siguiera perjuicio en sus

vidas, empleos y propiedades. Esta promesa se publicó por bando y los habitantes de Quito neciamente confiados se entregaron al regocijo por haber terminado la revolucion de un modo que entónces creian feliz.

Posesionado de la presidencia, el conde Ruiz de Castilla mandó desarmar las tropas de la contrar-evolucion, y que regresara á Cuenca el gobernador Aymerich, quien llegó hasta Ambato con dos mil hombres, empeñado en ir á Quito á castigar á los insurgentes, y no quiso cumplir la primera orden, pero despues tuvo que obedecer. Ruiz de Castilla sin ruido hizo desaparecer la junta.

Entre tanto llegaron quinientos soldados de Lima casi todos pardos al mando de Don Manuel Arredondo teniente coronel. Entónces el presidente



Año de 1809. por instigaciones del doctor Tomas Aréchaga y de otros, tanto como por su propia voluntad, olvidándose de sus anteriores promesas, mandó procesar á todos los que habian tenido parte en la revolucion. El oidor Fuertes fué nombrado juez para las actuaciones y Aréchaga fiscal ó acusador. Morales, Salinas, Quiroga y mas de sesenta personas fueron sepultadas en horribles calabozos como los hombres mas criminales. El marques de Selva-Alegre, Don Juan Larrea y otros pocos pudieron esconderse y huir de la pesquisa inquisitorial, que llenó de terror Quito y todos los lugares que habian seguido la revolucion.

Un proceso de mas de cuatro mil fojas se formó en poco tiempo : en su seguimiento se oprimió y vejó de mil maneras diferentes á los supuestos reos,

suprimiendo aquellos escritos en que <sup>Año de 1809.</sup> hablaban con libertad, y alegaban los principios del derecho político : no entregándoles el proceso para hacer su defensa, y acortando estremadamente los términos. Morales fué el que se portó con mas firmeza en todo el curso de la causa; en un calabozo, y bajo la cuchilla de los tiranos, siempre sostuvo que no habia cometido un crimen en la creacion de la Junta, y que no estando las autoridades de Quito confirmadas por Fernando VII eran jueces intrusos que no tenian autoridad para juzgarle. Morales por el temple de su alma, por su genio y por sus luces era digno de haber sobrevivido á aquella revolucion lo mismo que Salinas, Quiroga y algunos otros.

El fiscal Aréchaga pidió pena capital y confiscacion de bienes contra los



Año de 1810. principales comprendidos en la revolución y presidio contra otros.

El proceso fué remitido al virey de Santafé para que pronunciara la sentencia. Entretanto Fuertes, Aréchaga y sobre todo el comandante Arredondo con sus inmorales tropas tenían á Quito conserxada. Los oficiales y soldados robaban frecuentemente, y cometian cuantos escesos acompañan la licencia y desenfreno militar, sin que el débil Ruiz de Castilla los contuviera. Con mucha frecuencia figuraban conspiraciones del pueblo para libertar á los reos, bien impelidos por el miedo, bien con el designio de arrastrar mas víctimas á los calabozos. En una de estas figuradas conspiraciones el capitan español Don Fernando Barrantes, dió orden para que á la menor novedad que hubiera en la ciudad ó en el cuartel de

Julio 22.

parte de los presos, los pasáran á cuchillo. Esta conducta llegó á causar en el pueblo de Quito mucha fermentacionla, que anunciaba un movimiento terrible, pues tambien se difundió la voz de que los mulatos limeños habian pedido licencia para saquear la ciudad por algunas horas, y en efecto comenzaron á robar en los barrios de Quito.

Tal era el estado de los negocios cuando á las dos de la tarde del dos de agosto tres hombres armados de cuchillos acometen al presidio urbano en que habia seis soldados, un cabo y un oficial de Lima. Muere uno de la guardia, el oficial herido y los demas huyen. Entónces los tres del pueblo abren los calabozos y ponen en libertad á los soldados que tuvieron parte en la revolución del diez de agosto. Seis se arman de fusiles y penetran hasta la plaza mayor. Tan corto número no puede

Año de 1819.



Año de 1810. resistir y bien pronto la abandonan: libres de temor los soldados del principal comenzaron á matar á cuantos encontraban del pueblo, aunque fueran mugeres y niños, atraidos por la curiosidad. Al mismo tiempo que el presidio, fué atacado el cuartel de prevencion de los limeños por seis hombres del pueblo armados tambien de cuchillos: penetrando hasta el patio, cogieron fusiles, se apoderaron de un cañon que no pudieron disparar por falta de fuego, y pusieron en consternacion á todos los soldados: los seis patriotas fueron encerrados sin que pudieran auxiliarlos los hombres que salieron del presidio. Todos se batieron denodadamente, y uno de ellos mató con la bayoneta calada al capitan Galup que bajó al patio con su sable diciendo «que hicieran fuego á los presos.» Entretanto la tropa

Año de 1810. auxiliar que habia ido de Santafé y que tenia su cuartel contigüo rompió una pared y bien pronto acabó con los cinco que hicieron prodigios de valor: el otro se salvó en uno de los calabozos de los presos en donde se habia ocultado.

Cuando ya los soldados feroces no tuvieron miedo, principiaron la mas bárbara carnicería en los presos asesinandolos á hachazos, sablazos, y balazos, y forzando las puertas de los calabozos que aquellos habian cerrado por dentro del mejor modo posible. Morales, Salinas, Quiroga, Ascásubi, el Presbítero Riofrio y otros muchos hasta el número de veinte y ocho fueron sacrificados en las aras de la patria por el brutal soldado, ciego instrumento de los gobernantes españoles de Quito. Los asesinos los desnudaron despues de muertos é insultaron sus frios cadáveres.



Año de 1810.

Durante la carnicería los oficiales españoles se estuvieron encerrados cobardemente en el palacio; solo el capitán Villaespesa quiso ir al cuartel y en el camino le acometió uno del pueblo con un cuchillo y le quitó la vida. Terminada la matanza, la tropa que ascendía á setecientos hombres de Lima, Santafé y otros puntos, se formó y preparó la artillería. El capitán Barrantes gritaba como un loco en el pretil de palacio: »que mataran á los quiteños.» El pueblo se acercaba por curiosidad y los soldados asesinaban á cuantos podían; las patrullas que salieron por las calles hacían lo mismo. Una conducta tan bárbara como criminal exaltó hasta lo sumo los ánimos de los habitantes de Quito; los del pueblo con armas blancas acometían por las calles á las patrullas que no eran nu-

Año de 1810.

merosas, y así mataron á varios soldados. Estos quitaban también la vida á viejos, mugeres y niños, y á cuantos encontraban por la calle, ó veían en las ventanas y balcones. Los moradores de los barrios de Quito, especialmente del de San Roque, iban ya reuniéndose en masa para atacar la tropa con armas blancas, palos y piedras; entónces el presidente y sus satélites que temblaban por su suerte, enviaron á suplicar al obispo que saliera á contener al pueblo: lo ejecutó en efecto y recorriendo las calles y los barrios apaciguó á los habitantes, los desarmó é hizo retirar á sus casas. Libres los soldados de Fernando VII, especialmente los limeños, del terror que les inspiraba un movimiento general del pueblo mataron á sangre fría á unos pocos presos que había en el calabozo del presidio, y que



Año de 1810. no habian querido huir, y comenzaron á saquear las tiendas y casas mas ricas de los alrededores de la plaza. No hubo gefe alguno que los contuviera, por el contrario Barrantes y otros muchos participaron del botin que ascendió á mas de trescientos mil pesos: dos solos propietarios, Don Luis Cifuentes y Don Manuel Bonilla perdieron cada uno cerca de cincuenta mil pesos, ademas de todos los muebles que despedazaron los soldados sin utilidad alguna y solo por destruir.

Miéntras que el obispo con su clero apaciguaba al pueblo, el presidente hizo poner una horca en la plaza. Por sugeriones de Don Pedro Calisto, americano infame, se iban á colgar en ella los frios cadáveres de Morales, de Salinas, de Quiroga y de otros de los sacrificados en el cuartel. Esta bárbara

idea, digna de ser cumplida por los gefes españoles que abrieron la dilatada carrera de crímenes que estos habian de cometer en la guerra de la independencia, fué abandonada por la interposicion del obispo doctor Cuero y de su provisor Caycedo; tambien americano. Pero el saqueo se continuó por la noche.

Ruiz de Castillo, Fuerte, Aréchaga, el regente Bustillos, Arredondo y sus oficiales manifestaron la mayor complacencia por el asesinato de los presos, de los que perecieron veinte y ocho, salvándose solo nueve: segun algunas memorias coetáneas, en las calles murieron del pueblo ochenta personas, entre ellas trece niños y tres mugeres. De los soldados cerca de cien incluidos oficiales; pero otras judiciales bastante auténticas, aunque formadas por



Año de 1797. orden del presidente Ruiz de Castilla, solo hacen subir el número total de los patriotas muertos á veinte y siete : el de los realistas á trece, é igual número de heridos. Los patriotas quisieron aumentar los muertos y los Españoles disminuirlos.

Viendo que los gefes y sus compañeros se regocijaban con los asesinatos de los infelices presos, todo el mundo creyó que los soldados tenían orden para cometerlos, y se sabe que Barrantes la habia comunicado en los dias que precedieron, para el caso de cualquiera movimiento popular. La consecuencia es probable, y las autoridades, que no dieron paso alguno para castigar á los asesinos se hicieron sus complices, sobre todo cuando Arredondo y sus oficiales recibieron un grado en premio de sus crimines, el dos de agosto. Otros

juzgaban que el movimiento del pueblo fué incitado por los mismos gefes para conseguir sus deseos de sacrificar á los presos; mas no existiendo pruebas de un crimen tan refinado debemos creer que el movimiento de los que acometieron al presidio y al cuartel, fué obra de unos pocos hombres desesperados. No habiendo ocurrido un gran número del pueblo desde el principio, tampoco fué un ataque combinado para libertar á los presos como quisieron persuadir Ruiz de Castilla y sus satélites.

Las noticias de los asesinatos y saqueo de Quito se difundieron muy exageradas en todos los pueblos de los alrededores, é inspiraron en los ánimos de los naturales del pais el furor y los deseos de vengarse de los tiranos de su patria. Una gran masa de poblacion se



Año de 1810, ponía ya en movimiento contra las autoridades de Quito, y entónces temblaron Ruiz de Castilla, Fuertes, Aréchaga, Arredondo y los demas que permitieron los crímenes del dos de agosto. En tal situacion el presidente y la audiencia resolvieron que se convocara una asamblea general de las autoridades civiles y eclesiásticas, y de los notables del pueblo, la que se reunió cercada de bayonetas. Allí se discutieron los medios de restablecer la tranquilidad alterada y se acordó: \* que se cortase la causa de la revolucion del diez de agosto de 1809 como y origen de las actuales turbulencias; que los fugitivos y demas personas comprendidas en ella fueran restituidas á su libertad y al pleno goce de sus derechos y honores, sin que en

\* Este documento se hallará al fin bajo del número 5º.

ningun tiempo les pudiera perjudicar Año de 1810. aquella revolucion, como tampoco al pueblo fiel de Quito: que no se procediera á la averiguacion de los que promovieron y egecutaron la empresa del dos de agosto: que la tropa de Lima regresara inmediatamente á aquella ciudad; en fin que se recibiera á Don Carlos Montúfar, comisionado que venia de España é hijo del marqués de Selva-Alegre. Este acuerdo que se publicó Agosto 4. por bando muy solemne, y las exortaciones del obispo y del clero pusieron término á la efervescencia popular. Los oficiales y la tropa de Lima, que se veian espelidos tan vergonzosamente, se mantuvieron encerrados hasta el dia de su marcha, que fué pronto, llevándose el fruto de sus latrocinios en Quito, que Ruiz de Castilla no les hizo entregar, y llevando tambien el odio y execracion de aquel pueblo benemérito.